

fin de la semana volvía a la ciudad con el oro extraído para gastarlo bien gastado o para que su segundo marido lo malgastara.

Era hija del Capitán Fernando de Zafra Centeno y de doña Juana Taborda. De su madre heredó su afición al séptimo sacramento, superándola, pues si doña Juana completó tres maridos, la hija contó cuatro. Fue el primero García de Jaramillo, a quien heredó las minas de Buriticá, varias haciendas y muchos esclavos; fue su segundo marido Alonso de Rodas Carvajal, hijo natural de don Gaspar de Rodas, matrimonio en el cual le tocó a ella la peor parte por la vida relajada que él llevó, que la obligó a solicitar el divorcio; su tercer marido fue Antonio Machado, pero ese vínculo fue nulo por la supervivencia de su segundo esposo; y ya octogenaria se casó por cuarta vez con el Capitán Ocio y Salazar, matrimonio en el cual sólo buscó un administrador para sus bienes. Aun cuando su cuarto marido murió poco antes que ella, no le quedaron alientos para completar los cinco.

\* \* \*

En estas tres mujeres, amables radioescuchas, encontramos el origen de nuestra raza, origen que no debe buscarse en la semítica, porque a Antioquia no vinieron judíos. Busquémoslo, en la india Inés, que simboliza la fidelidad en el amor y la desconfianza; busquémoslo en la española doña Mencía, que simboliza la hidalguía, la virtud y el valor; busquémoslo en la criolla doña María Centeno, que simboliza el esfuerzo en todas sus manifestaciones.

**Antonio Gómez Campillo**

---

## ANTIOQUIA EN LA HISTORIA

Antioqueños de Antioquia la grande:

Cumplo con la fácil y grata tarea, para un hijo de la gloriosa y blasonada ciudad de Antioquia, de elevar en esta noche una salutación a la ciudad señora, genitora de pueblos laboriosos, y a la estirpe fecunda de la raza.

Antioquia es un centro de referencias tradicionales, patrióticas y culturales.

Un día huella sus territorios la planta aventurera y atrevida de Francisco César, y sale a la luz de la vida colonizadora, engendro del pueblo español que es heroísmo y es impulso espiritual y moral.

Otro día Jorge Robledo pone los muros de la ciudad que vería el florecer de una política y de una cultura constructivas.

En efecto, Mon y Velarde sentó posteriormente las bases de una administración pública que se ha caracterizado por la eficiencia y el decoro al través de 400 años; sus hijos pródigamente derramaron su sangre cuando advino el momento de la independencia nacional, y esos mismos hijos iluminaron su espíritu de sabiduría, y florecieron de virtud su corazón cuando fue el llamado de la cultura y del civismo.

Matriz fecunda Antioquia de expansión y de vínculo nacionalista, ella extendió su poderío por el vasto territorio con la energía colonizadora de sus brazos y la potencia ética de sus hombres, buscadores del oro que afirma la vida; perseguidores del ideal que reafirma y ennoblece la existencia.

La Nación y el Departamento, en un instante de suprema comprensión, han querido dar realce efectivo a su grandeza antañona, poner de relieve su significado histórico, sabedores de que un país sin tradiciones mantenidas al fuego del corazón, y a la claridad de la mente, tiene de llevar una vida precaria y de perecer en el caos de la barbarie.

Sobre la venerable ancianidad de Antioquia, se alza la perdurable fisonomía de una civilización y de una cultura que dan hermosura al pasado fecundo; que dan afirmación al presente creador y que garantizan un glorioso porvenir a la raza y a la patria y en consecuencia a la vitalidad humana.

Dos simples incidentes que podrían enmarcar esta exultación al alma mater, refiriéndome a casos tal vez desconocidos:

Corría el año de 1819; el ejército libertador llegaba a Boyacá; el 7 de agosto librábase la batalla

que debía dar nacimiento a la Gran Colombia; tronaba el cañón en el puente legendario; encarnizábase la lucha. Un soldado hasta entonces desconocido, desafiando la muerte, se lanza hacia donde rige la batalla el jefe de las huestes españolas; con altanera voz que repercute como el timbre de un clarín, clama: General Barreiro; rinda usted la espada. Ante la voz conminatoria del hijo de la democracia, el varón peninsular entrega el sable: se trataba de Pedro Martínez, hijo de nuestra Antioquia.

Es el año de 1854; se verifica en la capital de la República el combate que debía quebrar la dictadura de Melo; se alza la llamarada de la lucha, y un joven, de improviso, se precipita hacia la plaza de Bolívar; clava la bandera al pie de la estatua del padre de la patria. Es el gallardo y temerario Pedro Luis Botero, hijo de la más rancia aristocracia de la ciudad de Antioquia.

**Juan Ortiz Villa**